

que adivinamos confusamente. Puede ser. Yo sé que esta mañana, hablando tranquilamente con mi amigo, dejé escapar de pronto una palabra satírica y una mirada maligna, observando cierta curva desgraciada y odiosa de su pierna derecha que me dejó ver por primera vez, asomándose al espejo.

¡Qué pobre gente somos! ¡Quién sabe cuántas veces he atribuido á un viejo rencor, ó á disentimientos profundos de opiniones políticas, las palabras ásperas de mi amigo, que fueron provocadas tal vez por la curva de mi pierna!

Hace algunos días, siento una amistad más afectuosa y más delicada por él y por los otros. Soy más flexible, en las discusiones, más pronto á la alabanza, más fácil á la compasion; profundizo la benevolencia y la cortesía de cada uno, sin esfuerzo, sin pretender que sea reconocida y me sea devuelta; no hablo mal de nadie, estoy contento con todos, escucho á todos con placer, y hago á mis amigos cuantos servicios puedo. ¿Y cómo podría hacer otra cosa,

cuando los negocios me salen bien, mi familia está buena, yo sano y no tengo disgustos de ninguna clase?

Antes decía:—Esto es bondad.—Pero ahora reconozco que no es otra cosa sino la satisfaccion y el buen olor que esparce la alegría. En tales casos, somos casi siempre corteses y benévolos, un poco intencionadamente. Nos aprovechamos de la buena fortuna que nos depara la bondad tan fácil para poner en accion nuestro antiguo propósito de perfeccionamiento moral. Puesto que nos encontramos en camino, nos proponemos ir hasta el fondo. Aprovechamos tan buena ocasion para ver de ajustar tambien un poco los asuntos de la conciencia. Y tenemos esperanza de salir sin grandes fatigas.

¡Qué ilusion! A la primera contrariedad, como el falso devoto fastidiado, que suelta una blasfemia á la mitad de una plegaria, damos un puntapié á nuestros santos propósitos y nos encontramos peor que antes.

Han venido las contrariedades y he dado el puntapié.

Quien ha padecido más ha sido mi amigo, al cual, con la acostumbrada lógica, he obligado á cargar con las bribonadas de los otros. Así sucede siempre. Cuando estamos ofendidos en el amor propio, nuestro resentimiento es tan grande, tan desproporcionado á la ofensa, que no nos basta desahogarnos contra los que nos ofendieron, es preciso revolverse contra imaginarios cómplices y romper la guerra con medio mundo.

Algunos han tropezado conmigo y yo les he plantado á todos por un mes, á él inclusive, que no hay por donde cogerlos. Pero en estos casos, se vuelve siempre *sicut erat in principio*, por el mismo camino.

Cuando nos hemos dicho y repetido que la amistad es mercancía averiada, cuando nos hemos persuadido, pasando revista á todos nuestros amigos de que no hay uno siquiera que valga un apretón de manos, entonces nos parece la vida vacía y sentimos tan extraordinariamente la tristeza de la soledad, que volvemos á buscar los amigos, no para atar con ellos las mallas escapadas de la amistad antigua, sino para distraernos y consolarnos riendo de nuestros desengaños. Y entonces, poco á poco, los desengaños se borran y la fé en la amistad renace. Así me ha pasado á mí.

Mi amigo, buen muchacho, como siempre, ha acabado por no acordarse de mi breve enemistad secreta, de la cual le he pedido perdon con los ojos."

*
* *

Viene aquí una nota escrita con rábia, de la cual se deduce que el hombre está fuera de quicio. Es una série de insolencias de carretero. Maravíllase de haber tenido por amigo durante tanto tiempo á una persona de aquella especie; reniega de todas las demostraciones de amistad que le dió; se propone darle una memorable lección en la primera ocasion oportuna.

Es evidente que fué un sentimiento de vergüenza y el temor de parecer ridículo lo que le detuvo de escribir al amigo una de esas cartas que reclaman la pronta intervencion de cuatro padrinos; pero debía haber acariciado aquel pensamiento durante toda la noche.

Era negocio terminado. Saludará todavía al amigo, friamente, para no dar escándalo, pero las amistades han terminado y no hay forma de reanudarlas.

—¡Qué desengaño! Querido, servido, acariciado,

llevado en palmas por tanto tiempo con cariño tan sincero como nécio, acaba por pagar su deuda con una coz.

La nota termina diciendo: —Hagámosle una cruz. —La causa de todo esto fué una palabra mordaz que le dijo el amigo la tarde anterior, discutiendo con él en un círculo; una broma con la que no pensaba ofenderlo, pero que hizo reír á la tertulia á su costa y le puso por unos instantes en berlina, mudo y colorado, obligándole tambien á sonreír para no hacer peor figura.

*
* *

"Esta mañana vino á buscarme. Al verlo se me revolvió la sangre. Después de algunas palabras á las que no contesté, me preguntó, como acordándose de pronto:

—¿No estarás enfadado por la broma de ayer tarde, verdad?

Y lo dijo de una manera tan espontánea, con acento tan amistoso, con sonrisa tan franca y buena, que toda mi cólera cayó como un trapo.

Repuse que no, en seguida, fingiendo una gran maravilla para ocultar la mentira, y me sentí arrastrado hácia él por imprevisto ímpetu de arrepentimiento y de afecto que hizo temblar mi voz.

¡Qué libre sentí mi respiración de repente! Tentado estuve por ponerle la mano en el hombro y decirle:

—Si, me he ofendido, te he cargado de reproches, te he odiado, he estado mezquino, irracional y pérfido; te lo confieso para vengarte.

Pero no me atreví. Le colmé de agasajos, le dije cuanto pude encontrar más agradable para su amor propio, con las palabras más suaves y el acento más dulce, tanto, que se marchó conmovido, mirándome cara á cara, como para buscar en mis ojos la causa de aquella extraordinaria efusión, que debe haberle maravillado.

Pero quiero acabar con estas vueltas continuas de la amistad que cansan el corazón y me hacen despreciable á mí mismo. Estoy hastiado. Porque tengo de mi amigo, en el fondo, un concepto inmutable con el que acabo siempre por apaciguarme: quiero agarrarme tan fuertemente que ninguna aruga del amor propio pueda hacerme caer.

De algun tiempo á esta parte parece que ha florecido una nueva amistad en el tronco de la antigua. Esto sucede á menudo entre amigos, al salir de un período de reproches y de altas y bajas secretas ó patentes que, fatigando á los dos, los han persuadido de la necesidad de preservar su amistad por medio de una cortesía más circunspecta.

Tácitamente hemos acordado tratarnos uno á otro con miramientos ligerísimamente más delicados; nos hemos echado un poco atrás los dos, muy poco, pero lo suficiente para no estar demasiado juntos. Nuestra amistad ha ganado en delicadeza, sin perder nada de su intimidad.

Hace tiempo que no se ha cambiado entre nosotros una palabra fuera de tono, no ha pasado la sombra de una nube. Ahora ya no hay peligro. Al fin hemos encontrado el buen camino.

Sin embargo.... Cuando la cortesía falta, es malo; pero cuando sobra, es peor. Paréceme notar en mi amigo cierta excitación del momento, una frecuencia de miradas interrogantes que revelan un temor continuo de herir mi amor propio.

Hay en esta preocupación una parte de afecto y de respeto; pero hay también una parte de esfuerzo, es decir, frialdad. Su circunspección me obliga á usarla; nace como una emulación de delicadeza entre nosotros; nuestras maneras se alteran

poco á poco: nuestra amistad se ahoga en delicadeza. Esta es la desgracia. Me inclino á desear cualquier rudo choque de opiniones que nos haga levantar los bastones á los dos y nos rechacemos violentamente con la familiaridad estudiantescas de antes.

Pensaba en mi amigo esta noche, cansado y excitado por el trabajo, asomándome á la ventana. La noche era hermosa; sentía en mí la juventud, á mi alrededor la primavera, en el presente la fuerza, en el porvenir la paz; estaba contento y bebía la vida ávidamente en aquel aire lleno de perfumes del campo, que me recordaba los largos paseos hechos con él años anteriores, las conversaciones afectuosas y alegres, las fraternales confidencias, las hermosas horas que pasamos juntos.

En aquel momento no se me representaba más que lo bueno y lo bello de su naturaleza, veía las expresiones más simpáticas de su rostro, oía las notas más cordiales de su voz; me acuerdo de un día

que le ví llorar y de la triste actitud con que buscó mi hombro para apoyar su frente, volví á pensar en las muchas veces en que yendo á buscarle con el temor de encontrarle resentido por una desatención mía del día anterior, lo encontré, por el contrario, más amable y más indulgente que de ordinario, como si hubiese querido librarme del recuerdo molesto de mi sinrazón; y al pensar en todo esto, sentía en el corazón una ternura profunda por él, me parecía que le habría dado una parte de mi sangre, que hubiera puesto en peligro mi vida, en caso de necesidad por defender la suya, y que si hubiera perdido su amistad se habría hecho un vacío profundo en mi vida, y que si hubiera muerto le habría llorado como un hermano.

Y después quedé sorprendido, pensando que para quererlo de aquel modo tenía necesidad de encontrarme excitado por el trabajo, de contemplar la campaña de noche y de estar completamente satisfecho de mis negocios.

Ayer comprendí la verdad de la sentencia: "la

amistad de los hombres, llega sólo hasta las mujeres y el dinero."

Hablando con la Condesa, deseoso de hacer brecha á fuerza de agudezas, se las echó de hombre agudo á mi costa.

Se comprendía que mi presencia le molestaba como una piedra en el estómago. La ambición de aparecer amable, le hacía echar atrás todas las atenciones debidas á la amistad.

A cada broma que yo decía, se volvía á mirar ansiosamente á la bella dama, temblando de que encontrara en ellas un poco de sal, que para él hubiera sido una dosis de arsénico; y mientras hablaba, clavaba en mi cara una mirada dura y fría, cuya expresión no estaba á punto para disimular cuando se encontraban nuestras miradas.

Si le hubiera venido á la mente un equívoco impertinente para mí, pero de un efecto cómico seguro, no hubiera tenido reparo alguno en soltarlo.

Al salir, volvió á ser un pobre diablo como siempre y me dió un poco de jabón para hacerme olvidar la violenta escena. Pero yo salía con la boca muy amarga.

Es completamente inútil; por más que yo haga por embellecerlo con la imaginación, es solo un ami-

go como los otros; es decir, un enemigo que no me odia.

Es singular cómo á veces basta el recuerdo de una pequeña atencion, de una mirada, de un gesto que exprese intencion benévola, para sofocar en nosotros un rencor que resiste á toda otra consideracion.

Hoy, mientras discurría con rábia sobre la escena de ayer tarde y juzgaba á mi amigo, Dios sabe cómo, ha acudido de repente á mi imaginacion el recuerdo de una noche en que me hizo el nudo de la corbata con cierta amable gracia de hermano mayor, hace dos años, al tiempo de entrar en el teatro, y de otra tarde en que habiéndome sido dirigida una pregunta embarazosa, él cambió de repente el curso de la conversacion, preguntando á su vez al que me había interrogado.

¿Por qué le estoy más agradecido de estas dos cosas insignificantes que de las mayores pruebas de amistad que de él he recibido?

Tal vez porque la gratitud en estas es un deber

que vinculando mi libertad me provoca á la rebellion, mientras soy libre para dejar de agradecerle aquellas que él ha olvidado ya, ó por las cuales no pretende nada. O tal vez porque siendo ménos probable un segundo fin bajo las pequeñas atenciones que bajo los grandes servicios, creo más en la sinceridad de las unas que de las otras. Sea lo que sea, le perdono.

Hemos pasado una buena tarde juntos, dándonos uno á otro pruebas de sinceridad. Hemos confesado toda suerte de malignidades, injusticias, hipocresías, envidias, de que nos hemos reconocido culpables, no uno hácia otro—que á tanto no ha llegado nuestra sinceridad—sino hácia ciertos amigos comunes.

La confesion atrevida de uno provocaba la confesion atrevida de otro; se trabó un verdadero pugilato de valor y de franqueza; reíamos de nuestras miserias, como hubiéramos podido reir de un amigo ausente y lo que hubiera debido rebajarnos en la estimación recíproca, nos realizaba más y más.

¿Por qué? Porque eran cosas que sospechamos uno de otro, de las cuales estábamos ciertísimos y en que no había otra cosa de nuevo que el valor de decir las, que es cualidad digna de apreciarse.

—Dejemos esto—me dijo á cierto punto—ó acabamos por ir á caer á manos del fiscal.

Y con esta broma nos separamos, serenos, con la conciencia aligerada, mejores en el fondo del corazón de lo que éramos al encontrarnos, como dos penitentes sinceros que salen del confesionario con la absolución.

—

Sin embargo, pensaba hoy mirándole de reojo y acordándome de las confesiones de ayer, yo debía persuadirme, de que en su interior no me trata muy diferentemente de como trata á sus demás amigos, y esta persuasión debía aquietar el remordimiento que algunas veces experimento maltratándolo, como hago, en el secreto de mi conciencia.

¡Quién sabe cuántas veces él me destrozó sin piedad en sus soliloquios, cuántas veces me juzgó po-

bre de ánimo, odioso, ridículo, malvado y describió para sí mismo mis defectos y mis acciones con las palabras más ultrajosamente brutales, y se propuso humillarme y me sacó de su corazón como arrojaría á un estafador de su casa!

E internándome en este pensamiento, determinando hasta los epítetos peores de que debía haberse servido en muchos casos para calificarme en su mente, sentía subir la sangre á mi cabeza y empezaba á mirarlo de reojo.

Pero despues me aquieté considerando que al fin de cuentas, no estaba absolutamente cierto de lo que pensaba. La razón, sin embargo, me decía y me dice todavía que puedo estar casi cierto, porque la cosa es lógica y naturalísima y que hay una probabilidad sola sobre ciento en mi favor. Pero no importa. Mi amor propio se aferraba y se aferra á aquella única parte, y agrandándola y no pensando en las otras, se sale mejor librado. Así hacemos todos con nuestros amigos.

Y ese mismo amor propio que nos hace romper tan á menudo las amistades, es tambien quien, engañándonos, las mantiene vivas.

Continúan "los fenómenos capilares" de la amistad. La de ayer ha sido una mala tarde para él. Quién por rencores secretos, quién para hacer como los demás, los amigos le han abrumado todos á una, á golpes de epigramas y de censuras burlescas y venenosas que parecían meditadas de tiempo atrás.

El pobre hombre se defendía al principio con todas sus fuerzas; pero despues perdió terreno y se dejó clavar en la pared, mohino y humillado, balbuceando palabras incoherentes, con los labios contraidos por sonrisa de torturado, y me dirigía de vez en cuando una mirada como para llamarme en su auxilio.

Yo no tenía modo de ir en su ayuda con esperanza de fruto porque permanecía alejado de la conversacion. Pero pensando en el abatimiento en que le dejaría aquella escena, en la tristeza con que volvería á su casa, de noche, por calles desiertas, experimentaba por él una piedad que me hacía sufrir y le deseaba que saliera con bien, desde el fondo del corazón.

Jamás le he hablado más afectuosamente que lo he hecho más tarde, acompañándolo y jamás lo he tratado con respeto más delicado y sincero.

Por esto creo que nos engañamos casi siempre al creer que ciertas humillaciones de las cuales somos

heridos de vez en cuando, nos enajenan la voluntad de los amigos, haciéndonos casi despreciables á sus ojos. Por el contrario: ellas reaniman su amistad librándole por algun tiempo del orgullo que se echa á un lado una vez satisfecho.

—
¡Ah! ¡Cuán difícil debe ser mantenerse amigo sincero de un hombre feliz! En pocos días han llovido sobre él cien fortunas.

Esta mañana ha llegado aquí: estaba brillante y ha llenado mi cuarto con su voz clara y sus amplios gestos de hombre satisfecho, dando vueltas como una ardilla y tocándolo todo con mano inquieta.

Tenía yo disgusto y he probado hablarle; pero pronto he comprendido que retenía la respiracion y lo que más me disgustaba era el esfuerzo que hacía para mostrarme cierta solicitud, arrugando la frente y apretando los labios mientras en sus ojos reía su alma.

Hé aquí la amistad de los hombres. No nos preocupamos de los dolores de los amigos sino cuando

tienen la oportunidad de servirnos para consuelo de los propios dolores.

Su indiferencia me ha lastimado y me he apercibido de que ha dado á mi despecho la interpretacion que parecía más natural en aquel caso: la ha tomado por envidia; porque ha dejado de hablar de su fortuna y se ha puesto á tratarme con fraternal bondad, un poco amanerada, bajo la cual se adivinaba una sonrisa compasiva; esto me ha disgustado doblemente.

La conclusion es que ahora me cree un envidioso y yo le creo un egoísta.

Estoy en vena de bondad para con él, bueno en el fondo, en las palabras y en la cara, en gran parte naturalmente, en otra muy pequeña, de propósito, por una curiosa razon: porque he visto una carta suya dirigida á un amigo indiscreto, en la que me cree inmensamente bueno.

Así sucede casi siempre.

No solamente mejoramos, sino que adquirimos al-

gunas veces, respecto á los amigos, aquellas virtudes de ánimo por las cuales logramos ser admirados por ellos.

No solamente nos mostramos, sino que somos realmente más francos con quien nos cree ingenuos; más delicados para quien nos tiene como modelos de delicadeza; más valientes para quien nos juzga incapaces de miedo.

El temor de perder una admiracion nos hace más firmes en mejorarnos á nosotros mismos que el deseo de ganar un aprecio.

Es para nosotros mucho más difícil desengañar á los que nos creen con ciertos defectos, porque el temor de parecer hipócritas haciendo algo porque salgan de su error, ó nos impide hacerlo, ó logra que nos salga mal el intento.

Haríamos mejores á nuestros amigos, si cada vez que descubrimos en ellos un defecto, mostrásemos creerlos dotados de la buena cualidad opuesta y tener gran estimacion por esta.

La bondad se ha ido por el aire.

Nos hemos enfrascado paseando, en una de esas desgraciadas discusiones, que bajo apariencia de ligereza, encienden profundamente el amor propio.

Somos viejos zorros, y no se nos ha escapado una palabra descortés; pero las llamas de ira se nos subían á la cabeza, temblaban los labios, cambiábamos miradas que parecían cuchilladas, no veíamos nada á nuestro alrededor, y nos hemos encontrado al término del paseo, casi inesperadamente, llenos de bñlis hasta la garganta, é hinchados por impertinencias no dichas.

Hemos buscado despues manera de bromear, hablando de esto y de lo otro, como si nada hubiera sucedido. Pero ha sido inútil: teníamos el aire de dos enemigos que se tratan bien por conveniencia.

Al separarnos nos hemos saludado groseramente, con voz destemplada.

Tiene grandes cualidades, no lo dudo; pero en las discusiones es un animal irracional. De aquí en adelante le diré siempre que sí á todo, hasta que lo haya comprendido. ¡A veces se ponía blanco, como la camisa, el maldito orgulloso! Si ha encontrado á un amigo, volviendo á casa, creo que le habrá dicho pestes de mí.

¡Bah! Un desengaño más. Lo meteré en el saco como los otros.

Un desengaño. Pero ¿quién tiene la culpa, testarudo idealista, si te obstinas persiguiendo el fantasma de una amistad imposible, cuya estatua quieres labrar á toda costa en la mole de mármol rebelde?

Toma á tu amigo tal como es; deja de reformarlo y torturarlo en tu interior para hacerlo entrar en la forma que tu imaginacion ha soñado; no pretendas de él lo que no puede darte, y que tú tampoco te encuentras en el caso de devolverle; cuando te hable bien, goza; cuando no, siéntelo, esperando siempre lo peor; no hagas de él una necesidad de tu vida: conténtate con tener un compañero, si no puedes tener un amigo.

Sin embargo, nosotros preferimos correr tras el ideal de una amistad que no alcanzamos jamás, pero que algunas veces nos dá la gratísima ilusion de haberle alcanzado, mejor que resignarnos á una

media amistad que no nos dará más que desengaños, pero ni siquiera una alegría viva.

Adelante, pues; continuemos persiguiendo el fantasma. ¿Qué otra cosa hacemos todos en el mundo?

Esta mañana nos hemos encontrado, por casualidad, en las afueras, los dos solos. Ha sido un gran placer para uno y otro, como si no nos hubiéramos visto en un año, tanto, que después de las primeras palabras nos hemos apresurado á excusarnos recíprocamente de la sobrada vivacidad con que disputamos anteayer.

Hé aquí las grandes emociones de nuestra amistad. ¡Encontrarse, á lo mejor, en las afueras!

¡Y pensar que hay amigos que se encuentra desde dos buques que cambian el correo en la soledad formidable del Océano Pacífico, á mitad del camino entre California y el Japon; amigos que se reconocen de noche en una estación del desierto de nieve entre Tobolsk é Irkutsk, el uno viniendo de Pekin y el otro de San Petersburgo; amigos que

se encuentran, después de haberse llorado como muertos, en la oscuridad de un bosque inexplorado de Africa, á seis meses de viaje de su pátria!

Apénas podemos imaginar la inmensa alegría de aquellos abrazos, de aquellos gritos, de aquellas lágrimas. Al pensar que jamás experimentaré aquel gozo, me siento lleno de envidia, me dá rabia de esta nuestra amistad soñolienta de empleadillos, cobro ódio también á mis amigos, como compañeros de cadena.

Hoy le he expresado mi sentimiento acerca de aquellas grandes emociones que no experimentaré jamás. Tiene verdaderamente un alma noble, que comprende todo y vibra á toda idea grande y delicada.

He quedado maravillado de la elocuencia afectuosa con que expresa mis sentimientos mismos, ensanchando el campo y mostrándose contentísimo de nuestra íntima armonía.

Se lo hubiera dicho con franqueza si ciertos clo-

gios en la cara no parecieran pueril adulacion, aun cuando sean sinceros, imponiendo á quien los recibe la obligacion de poner la cara modesta; y si no me lo hubiera tambien impedido una ligera envidia que me atormentaba al oirle hablar tan noblemente. Estaba apasionado, hermoso; á cada palabra que decía me parecía verle caer de encima, como polvo sacudido, todos los pequeños defectos y todos los pensamientos maliciosos de que le he acusado mil veces.

Pero es singular su empeño: cuando paseamos juntos querer siempre ir por donde él quiera. Cuando se aferra en un capricho, no lo mueve un par de bueyes. Estas son pequeñas faltas de consideracion, con las que se transige una vez; á la larga atacan los nervios.

—

¡Cuán verdad es que la amistad es un sencillo comercio de buenos servicios, que cada cual interrumpe por su parte cuando no tiene nada que temer! Hoy me afligía un grave dolor físico que me parecía la amenaza de una enfermedad. Mi amigo ha venido á buscarme.

Pues bien; el pensamiento de que él no podía hacer nada en mi favor y el estado en que me encontraba, que me impedía gozar, aun en pequeña parte, de su conversacion, han suspendido en mí el sentimiento de la amistad.

Sus defectos, sus buenas cualidades, sus pruebas de afecto, sus injusticias respecto á mí, todo, al pensarlo me parecía indiferentísimo. El era para mí como el primer venido, y la amistad me parecía la cosa más inútil del mundo, un verdadero juego de aficionados de sentimiento, excelente para cuando se está bueno.

¿De qué me servía el tenerlo allí, si no me daba siquiera aquel miserable placer de egoísta despechado que experimentamos al ver sufrir ó inquietarse á las personas de la familia, aun cuando no tengamos más que un mal pasajero? Temía parecerle infeliz, y hacerle sentir más dulcemente la propia salud con el espectáculo de mi sufrimiento. No le agradecí la visita y cuando se marchó le saludé friamente.

¡Y decir que hubiera llevado á mal si no hubiera venido!

—

A otra miseria estamos sujetos: á ser hipócritas, aun sin quererlo. Anoche le recompensé de la frialdad con que le acogí hace dos días.

Estaba solo en casa, aburrido de la lluvia, oprimido por el pensamiento de tener que pasar solo la velada, fastidiado de la lectura, impotente para el trabajo.

Un campanillazo me hizo poner en pié: era él. Toda mi tristeza se convirtió en un ímpetu de alegría y de gratitud como si hubiera caído sobre mi cabeza una bendición del cielo. Lo hice sentar delante de mí y allí le tuve por espacio de tres horas, dichoso, dejándole hablar á su placer, encaminándolo á sus conversaciones favoritas, aprobándolo en todo, meciéndolo con tanto gusto, que cuando me saludó para irse, estaba radiante y parecía decir para sí:

—¡Qué corazón de oro!

¡Pobre amigo! ¡Si hubiera sabido que anoche hubiera agasajado del mismo modo y con la misma voluntad á cualquiera que hubiese llegado!

Al alumbrarle por la escalera, experimenté un poco de remordimiento, como si le hubiese hecho hacer el papel de comodín, engañándolo y al mirarlo por la ventana, mientras se marchaba con la cabeza inclinada, bajo espesa lluvia, me pareció tan bueno,

tan digno de sincero afecto, que le envié un saludo del corazón.

— ¡Pero cómo se ha mostrado esta mañana en medio de los amigos! Con qué afán va á caza de elogios por todas partes; cómo hace la rosca al más indiferente cumplido, con qué mala fé fantasea en las discusiones, con qué suficiencia escupe las sentencias más vulgares del mundo, creyendo revelar un secreto maravilloso, con qué cara lavada se arriesga á bachelear de cosas que no entiende, con qué brutal expresión de enfermo del hígado vuelve la cabeza á la más ligera contradicción, cuán obtuso se muestra á ciertos sentimientos delicados que no entran en el círculo de sus ideas, con qué generosa acritud habla de un amigo de su padre que, á vista de todos, sacó de un grave apuro á su familia; cuán persuadido estoy ahora de que nuestra amistad no tuvo ni podrá tener jamás una base sólida; como quisiera arrancarle, si pudiera, todas las confidencias íntimas, todas las confesiones de errores y de debilidades, que le hice con el corazón abier-

to, con una ingenuidad de la cual tal vez se ríe secretamente, él, que, reflexionándolo bien, no me dió jamás la equivalencia; como me siento más generoso y más leal amigo que él... Con qué gusto bajo y maligno ha reído esta mañana, en medio del silencio de los demás, del despropósito que se ha escapado de mi boca, un poco cómico, si se quiere, pero que él debía haber fingido no oír si sabía lo que es amistad y educación...

*
* *

Un mes despues.

Le he acompañado á la estacion del ferro-carril. No nos veremos durante algunos meses. Estaba un poco conmovido; he vuelto á ver en su cara aquella expresion tan benévola y tan simpática que me impresionó algunos meses.

Nunca he comprendido tan bien como esta mañana que todos aquellos choques y aquellos enojos, de los cuales hacía tanto caso ordinariamente, es lo que ata y mantiene viva nuestra amistad, porque dan trabajo á nuestro corazon y nos hacen pensar y vivir uno en otro: el nudo se estrecha y se hace indisoluble á fuerza de sacudir los extremos de la cuerda.

Ahora echaré de ménos por mucho tiempo, tanto los malos como los buenos días que pasamos juntos; son inseparables en mi corazon y en mi memoria.

Tambien á mi amigo le agitaban estos pensamientos al marchar, y me lo ha hecho comprender con una mirada profunda y buena, cuando me ha dicho "adios"; una mirada que quería decir:

—Te lo perdono todo; perdónamelo á mí: el amigo que parte es un hermano.

Sí, hermano mio; anda y que la fortuna te acompañe un buen recuerdo de mí: anda, querido y buen amigo, que me ayudaste á vivir, á serenarme y me toleraste y compadeciste y me diste ánimos con estas emociones delicadas; yo quedo aquí aguardándote, con un sentimiento que jamás cambiará, te lo prometo.”

¡Sí que mudará todavía, pobre juguete de tu orgullo que eres! Como hicistes hasta ahora, así seguirás amando, aborreciendo, iluminándote, mintiendo hasta los últimos años; así continuareis haciendo los dos, tiñéndoos uno á otro con los colores de la propia alma, cambiando por errores ajenos, los propios defectos, embelleciéndoos uno á otro *in mente* para avivar vuestros placeres, calumniándoos para justificar vuestros rencores, ofendiéndoos y perdonándoos continuamente, renegando hoy de la amistad para

derrocharla mañana, tan pronto hombres nobilísimos, como muchachos perversos y algunas veces locos de atar,

pentiti sempre é non cangiati mai.

